

Valentine Penrose

LA CONDESA SANGRIENTA

Prólogo de María Negroni



INTERZONA

INTERZONA

Penrose, Valentine

La condesa sangrienta / Valentine Penrose; prólogo de María Negroni. - 1a ed. - Buenos Aires: Interzona Editora, 2019.

256 p. ; 22 x 14 cm. - (Zona de Traducciones)

Traducción de: María Teresa Gallego; Isabel Reverte

ISBN 978-987-790-008-8

1. Narrativa. 2. Narrativa Francesa. I. Negroni, María, prolog. II. Gallego, Teresa, trad. III. Reverte, Isabel, trad. IV. Título.

CDD 843

Erzsébet Báthory, la Comtesse sanglante fue publicado por primera vez en Francia, 1962

© Éditions Mercure de France, 1962

© interZona editora, 2019
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Título original: *Erzsébet Báthory, la Comtesse sanglante*

Traducción: María Teresa Gallego Urrutia y María Isabel Reverte, 1996

Prólogo: María Negroni

Coordinación editorial: Luciano Páez

Corrección: Malén Vazquez

Imagen de tapa: Lucrezia Panciatici de Agnolo Bronzino (1540)

ISBN 978-987-790-008-8

Impreso en China. *Printed in China.*

Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Ваторй егевоьр



Erszébet Báthory

El castillo de la escritura

por María Negroni

En uno de sus *Cuentos orientales* (“Le lait de la mort”, Gallimard 1963), Marguerite Yourcenar recuerda una leyenda albanesa en la que tres hermanos, que construyen infructuosamente una torre para avizorar a los invasores turcos, comprenden que la torre solo se tendrá en pie cuando amuren en ella a una mujer. Como los tres están casados, deciden “sacrificar” a aquella esposa que el azar elija para traerles el alimento al día siguiente. Llega la más joven y vigorosa, y ahí mismo la emparedan, dejando a la vista los senos –a pedido de la suplicada– para que su hijo recién nacido pueda amamantarse. La leche fluye milagrosamente de esos senos enjaulados y el esqueleto sostiene para siempre, desde el fondo de su nicho, los cimientos de la torre.

El motivo del crimen de una mujer como fundamento de una construcción (en su doble acepción de fundación y sostén nutricional) se repite en *La condesa sangrienta* de Valentine Pernose: tal parece, en la Hungría del siglo XVI era costumbre construir los castillos sobre “el cadáver de una joven muerta”. Más: en la novela de Penrose, ese cadáver femenino no solo sostiene el castillo; estructura y da cierre a la narración. Está allí antes de que Erzsébet Báthory, la exasperada condesa de los Cárpatos, urda su propio collar de víctimas, como resonancia

premonitoria. También como reflejo de la muerte final de la “reina loca” que vendrá a (en)cerrar, en un círculo siniestro, el desorden magnífico que se desata en la trama. Tal vez convenga recordar que Báthory terminará amurada en la torre de su castillo, cuando un tribunal restablezca el orden, condenándola por sus crímenes atroces.

Si esas dos muertes (la de la joven-cimiento y la de la condesa-torre) riman entre sí, si pueden verse como instantes de una circularidad exploratoria o como reflejos invertidos en un paradigma vertical donde la base toma el lugar de la altura y viceversa, muy otra es la figura que dibujan los delitos que comete, en el interín, Erzsébet.

El crimen, digamos, ofrece una doble glosa musical. En un caso, una supresión fundante desemboca en escarmiento: el edificio institucional y patriarcal, encarnado en el castillo erigido sobre la muchacha muerta, se cierne sobre la Condesa, emparedando toda disidencia. En el otro, se pone en juego un hiato, ese tiempo inmóvil que la Condesa recorre, incansable y muda, como quien hace un periplo funesto para explorar en qué consiste el corazón pesado de aquello que la omite.

Para expresarme quizá con más claridad, dos planos de desplazamiento convergen en este relato hacia un mismo vértigo: uno, vertical, elige obsesivamente el descenso y responde a un afán detectivesco y subversivo (hasta que la represión recorra el camino inverso); y otro, horizontal, vinculado a la contemplación de los espejos y de las torturas, pone en escena los precios del acto de escribir.

No hay quietud en el viaje del castillo, o bien hay una quietud intranquila (perpendicular y espejada) para un viaje estático y sonámbulo. Por un lado, la torre “se refleja” en la cripta, del mismo modo que las recámaras sombrías se reflejan en los sótanos de torturas o la muchacha enjaulada en la Condesa que aguarda abajo, extasiada, a que su vestido blanco se tiña de sangre. Por el otro, la Virgen de Hierro “se refleja” en la

muchacha que mata, abrazándola con las dagas que salen de sus senos, del mismo modo que ambas –víctima y victimaria– se reiteran en la Condesa que las contempla y esta, a su vez, en los espejos que la evidencian como cadáver de sí. El castillo omnipresente, por fin, también se duplica en la jaula de la novela de Penrose y esta en el guión moroso y fascinado que escribirá, años más tarde, Alejandra Pizarnik.

Como toda mansión gótica, el castillo de Erzsébet Báthory es una morada helada. Una casa negra y vertiginosa donde la apatía coincide con el encierro claustrofóbico y la mirada se ejerce como jurisdicción. Parecido al hogar congelado y eterno de “La reina de las nieves” de Andersen o al castillo maldito de Cruella (y, también, al escenario kitsch y siniestro de *Los poseídos entre lilas*, cuyo cadáver fundante es la familia), todo aquí es ausencia o, lo que es igual, hiperpresencia desfigurada de lo maternal: un mundo de vírgenes de agua recibe en él su cuota de abrazo frío.

Tal vez sería mejor decir guarida. No es esta una “morada del consuelo” sino un encierro sin afuera y sin otros, donde la Condesa se hace espacio ella misma para ejercer su contemplación dormida y, así, fundar un sitio donde escribir pudiera ser igual a no escribir. En la guarida –refugio de un animal– la escritura surge entre la acción de lo oscuro y el lenguaje de la no-acción, como si un rito o ceremonial albergara la desnudez de aquello que permanece (y desea permanecer) en el caos. Por eso allí la utopía empalma con los gritos, y la fuga lingüística con las máquinas de expresión que abren puntos de fuga en el sistema, quizá confiando en que la repetición compulsiva puede ser una forma del olvido. La guarida, digamos, es un templo de la ausencia donde una autista no quiere ser el centro del mundo sino ser *el* mundo. Un escondite para la “loba azul”, que no tiene cabida entre los humanos porque, en ella, lo prohibido se combina con lo aberrante. He aquí una estética del horror, cuyo fin es dar con el cuerpo del lenguaje que vive más allá del lenguaje.

La “libertad absoluta”, diría Sade, ocurre cuando es posible hacer gravitar lo inexistente sobre lo existente, instaurar en una contemplación ígnea un espacio propicio para que aparezca el Mal. Así, podría decirse, la joven-cimiento germina en el castillo de Báthory como una disonancia o fisura luminosa, al menos por un tiempo, probando –de paso– que la muerte, como afirma el *Libro tibetano de los muertos*, nunca tiene una intensidad cero. Algo late siempre. Un animal desnudo en la deriva blanca de la nieve transforma la apatía en metamorfosis.



Introducción

He aquí la historia de la Condesa que se bañaba en la sangre de las muchachas. Una historia auténtica e inédita. Ha sido difícil hacerse con los documentos pertinentes, ya que aconteció hace más de tres siglos y medio, en aquella Hungría salvaje, incommunicada ahora tras el telón de acero. Las piezas del proceso han ido pasando de archivo en archivo. Y, ¿qué fue en 1956 de los archivos de Hungría del castillo de Budapest? No se sabría en la actualidad dónde ir a contemplar el sombrío retrato, de extraviada mirada, de la muy hermosa Erzsébet Báthory. El castillo de Csejthe lleva doscientos años en ruinas, allá en su espolón de los Pequeños Cárpatos, en las lindes de Eslovaquia. Allí siguen los vampiros y los fantasmas y, también, en un rincón de los sótanos, el puchero de barro que contenía la sangre lista para verterla por los hombros de la Condesa.

La Alimaña de Csejthe, la Condesa sangrienta, aúlla aún, de noche, por los aposentos cuyas ventanas y puertas todavía siguen tapiadas.

Todo prueba que fue un Gilles de Rais femenino; incluso el precipitado proceso durante el cual, por respeto hacia su apellido, ilustre desde los comienzos de Hungría, y habida cuenta de los servicios prestados por su familia a los Habsburgo, se suprimieron numerosos datos. Ni siquiera osaron interrogarla en persona.

En 1729, dio con la minuta del proceso un padre jesuita, Laszlo Turóczi, que escribió una monografía sobre Erzsébet Báthory. La volvió a dar a la prensa en 1744. Recogió la historia que nadie, en la región de Csejthe, había olvidado aún.

Turóczi pudo consultar también los documentos, que se conservaron primero en los Archivos de los Tribunales de Viena y que luego se enviaron a Budapest, del interrogatorio celebrado en Bicsé (más adelante Bittsere) por el palatino Thurzó a principios de enero de 1611, y ponerse al tanto de los considerandos, así como de la orden de ejecución de los cómplices de la Condesa, el 7 de enero.

Hasta principios del siglo xx, solo poseíamos esa obra escrita en latín. En 1908, un escritor nacido también en Csejthe (hoy en día Cačtice, burgo a seis kilómetros al suroeste de Vag-Ujhely) (Neustadt), Dezsó Rexa, educado en la escuela de la aldea, que había jugado de niño alrededor de las ruinas embrujadas, recogió la historia de Erzsébet Báthory y la publicó en húngaro en Budapest con el título de Báthory Erzsébet Nádasdy Ferencné (“Isabel Báthory esposa de Francisco Nádasdy”). Se remitía a los trabajos del padre jesuita.

Al final de su libro, Dezsó Rexa reunió varias cartas: de Erzsébet a su marido; del palatino Thurzó a su mujer hablando de la detención de la Condesa; del pastor de Csejthe, Ponikenus János, a uno de sus colegas; del yerno de Erzsébet, Miklós Zrinyi, a Thurzó, solicitando gracia para su suegra; del hijo de Erzsébet, Pál Nádasdy, pidiendo clemencia para ella. Está también la carta de Thurzó al rey Matías II, la respuesta del rey, la comunicación de la Cámara regia magiar al rey Matías.

A continuación, vienen los testamentos: el del 3 de septiembre de 1610, que la Condesa escribió antes de su condena, y sus últimas voluntades de emparedada, carta fechada el 31 de julio de 1614, menos de un mes antes de su muerte. Y, por fin, la invocación mágica en la lengua tót que tan cara le era.



Miklós Zrínyi en el campo de batalla



Georg Serin.

Georg Zrinyi

Los manuscritos relacionados con Ferencz Nádasdy, su esposo, los había recopilado el pastor de Csejthe. Los que se refieren a Erzsébet los coleccionó Bertalan von Reviczky.

La minuta del proceso, conservada primero en los Archivos del Cabildo de la ciudad de Grán, se trasladó a los Archivos nacionales de Budapest.

Antes que Dezsó Rexa, un alemán, R. A. von Elsberg, había publicado en 1894, en Breslau, una biografía bastante breve pero más cuidada: *Die Blutgräfin Elisabeth Báthory* (La Condesa Sangrienta Isabel Báthory) que, desde el punto de vista psiquiátrico, insistía en la herencia peculiar del antiguo linaje de los Báthory. Al final de su libro, se hallan también el interrogatorio completo y los considerandos del proceso.

Un autor dramático, Garay, ha escrito una obra de teatro moderna sobre Erzsébet Báthory. Se ha publicado, en alemán, una novela histórica: *Tigerin von Csejthe* (La tigresa de Csejthe) de Karl P. Szátmary. Y también una novela en eslovaco: *Cachticka Pani* de J. Níznánszy.

William Seabrook, en su libro *Witchcraft*, dedicó un capítulo entero a la Condesa sangrienta. También él tomó los documentos de Dezsó Rexa y de R. A. von Elsberg.

En Inglaterra, a mediados del siglo XIX, Sabine Baring Gould, en un curioso libro, *The Book of the Werewolves* (El libro de los hombres lobo) narra brevemente la historia de la criminal Condesa y cómo se le ocurrió la idea de tomar baños de sangre. Se había documentado en un libro alemán de antropología filosófica del siglo XVIII, cuyo autor era Michael Wagnener: *Beitrag zur philosophischen Antropologie* (Viena, 1796). Y, sin duda, en la propia Hungría; ya que, en aquella época, hacia 1843, no se había publicado nada acerca de Erzsébet Báthory, salvo algunas rúbricas no poco fantasiosas en diccionarios, tales como las aparecidas en la *Biographie Universelle* (Biografía Universal), Michaud, París, 1848; y en el *Dictionnaire des Femmes Illustres* (Diccionario de Mujeres Ilustres).

Los libros de Dezsó Rexa y de von Eisberg no se encuentran en las bibliotecas de Francia, incluidas las húngaras, y es imposible conseguirlos en Hungría. Seabrook dice en su artículo sobre Erzsébet Báthory que dio con ellos en la biblioteca de una gran ciudad de los Estados Unidos. Existe igualmente una historia muy novelada de la familia Báthory de Makkai Sandor, *Ördög Zeker* (El carro del diablo).

Parte de la documentación e ilustraciones del presente libro han sido amablemente proporcionadas por las siguientes bibliotecas, a las que la autora quiere expresar su agradecimiento: Biblioteca del Instituto Húngaro de París, British Museum Library, *Osterreichische Nationalbibliothek* (Karten, Handschriften, Porträt und Bildarchiv Slg.), *Österreichische Hof- und Staatsarchiv*, *Universitätsbibliothek* de Viena.*



N.E. Dichas ilustraciones, que durante años estuvieron perdidas, vuelven a integrar la edición de *La condesa sangrienta* en el presente volumen. Tras lo cual queremos reforzar nuestro agradecimiento a las mencionadas instituciones por hacerlo posible.